

Joe Barcala



Lujuria en la Sotana
novela

TRILOGÍA HEREJÍAS

- El sacerdote ateo
- Lujuria en la sotana
- Confesiones Sacrílegas

Agradecimientos: Edgar González, Diana Castro, Paola Micelli.
Diseño de portada: Vianney Hernández

Derechos reservados Copyright 2018 ©. No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su uso en cualquier forma o medio – Electrónico o mecánico – incluso fotocopias, grabaciones, o por Cualquier otro sistema para guardar o extraer información, sin previa Autorización escrita del autor y de la editorial.

Toda pregunta se debe enviar a:
14 sur 2101-C Col. Bellavista, Puebla, Pue. México.

Derechos reservados en 2018 por José Luis García Barcala.

ISBN: 9781799241010

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro sin autorización escrita del autor y de la editorial.

www.JoeBarcala.com

Me gustaría que un libro no se diese a sí mismo ese estatuto de texto al que la pedagogía o la crítica sabrán reducirlo, sino que tuviese la desenvoltura de presentarse como discurso: a la vez batalla y arma, estrategia y conflicto, lucha y trofeo o herida, coyunturas y vestigios, encuentro irregular y escena repetible.

—Michel Foucault

A Sandra, Sandy y Azul.

Lujuria en la sotana es una obra literaria y por tanto pertenece al género de ficción. Cualquier parecido con la realidad es meramente intencional.

Muchos de los sucesos narrados, personajes y ambientes descritos en la presente obra provienen de información recabada por el autor con las adecuaciones necesarias para dar dramatismo a la historia.

Primera parte

El Domingo de Resurrección por la madrugada, al tropezar por las escaleras del claustro para retiros del templo colonial franciscano, el Reverendo Eusebio Fosalba hizo un hallazgo macabro en el patio central. El convento, construido por Fray Juan de Rivas entre 1530 y 1590, en plena época de la conquista española sobre los nativos de América, facilitaba, con su silencio, la meditación de los religiosos. Ahí, rodeado de obesos muros y obleas de piedra de los pasillos, respiró el aire histórico que supuró una desgracia. Era el día final del retiro de jóvenes seminaristas con duración de una semana y acabó mal, muy mal. Cansado por dormir pocas horas, no atinó a caminar correctamente. Le dio nostalgia también llegar al fin de un encuentro maravilloso, lleno de paz y alegría. Subió para despertar con la campana a los participantes.

Podía apreciarse el reloj de sol grabado a un costado del templo sobre una piedra en torno al patio del claustro; aún no marcaba la hora, pues el astro rey no asomaría sino pasadas las 7 de la mañana. Los jóvenes dormían en las galerías, luego de una noche de celebración. Terminaban así con los tres días de silencio reflexivo por la pasión y muerte de Jesucristo.

Una vez más, los pies de Eusebio tropezaron cuando alcanzó el final de la escalera. Los viejos peldaños eran irregulares y a tan temprana hora, era fácil olvidarlo, como si los escalones no desearan que el Reverendo llegara a la segunda planta o como si cambiaran caprichosamente su elevación para hacerle caer.

«¿Qué me pasa hoy?» Parte del sueño aún nublabla su cuerpo. El ambiente casi nocturno, apenas derribado por la alborada inminente y las tímidas lámparas de los pasillos que él encendió desde el

control bajo las escaleras, en gigantescos faroles de hierro forjado y opacados por el sarro o la suciedad de las palomas, vio nublado su camino, a punto de besar el suelo como tantas veces lo hizo el Papa Juan Pablo II al llegar a cada lugar que visitaba, aunque por motivos diferentes.

Sus ojos no podían creer la escena que presenció cuando alcanzó la altura necesaria y encontró al joven Andrés pendiendo de una soga, arrojado al vacío del patio desde la azotea. Estaba completamente desnudo y asomaba entre las columnas del pasillo.

El muchacho tenía un cuerpo perfecto, juvenil, lozano, suficientemente musculoso, pero helado, sin vida. «¡Anoche estaban tan felices!» Eusebio casi desmaya al empezar a recibir en su cabeza las imágenes que recordó de la velada previa, cuando todos reían, celebrando la Resurrección, la Vigilia Pascual que derribó el período de silencio impuesto los últimos tres días de ese retiro espiritual.

«¿Qué demonios pasó aquí?»

Obtuso ante los acontecimientos, Eusebio no pudo más que soltar un par de lágrimas. Andrés fue siempre un muchacho ejemplar. Personalmente dio seguimiento a su vocación unos años atrás. En aquel entonces, estudiaba el último año de su bachillerato en el colegio Matienzo; Andrés, como todo joven de su edad, amaba compartir su tiempo con los amigos, jugaba baloncesto, tocaba la guitarra, participaba en obras de teatro y también se enamoró de una chica llamada Giovanna.

Un viernes primero de mes, luego de la eucaristía para obtener indulgencia, Eusebio llevó al grupo de Andrés al rincón de una jardinera dentro de la escuela. Ahí platicó con ellos sobre las vocaciones y terminó convenciendo a más de uno, entre ellos a Andrés.

—Jesús espera mucho de ti—y remató— ¿Qué le vas a responder?

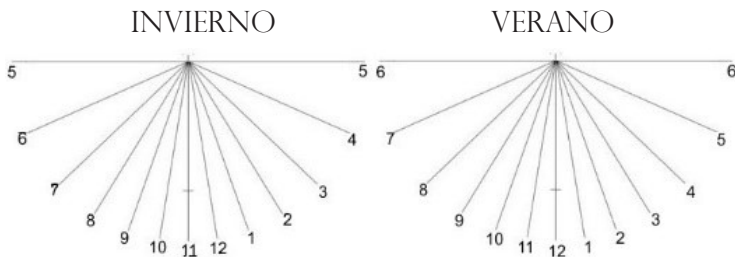
Andrés, hijo de una familia adinerada, tez blanca y rasgos finos, pestañas onduladas, cabello brillante, lacio y dócil, cejas pobladas y nariz respingada, se acercó con Eusebio al terminar la charla grupal y ambos se sentaron en otra jardinera bajo la sombra de un alto pino a platicar más detalles sobre su vocación. Por eso decidió ser un dominico como él.

Luego de la escena que Eusebio presenció el domingo de Resurrección en el retiro del claustro franciscano, lamentó varios minutos la decisión de Andrés por suicidarse aquella madrugada de

luna llena, misma que no podía apreciar por quedar del otro lado del templo, pero que disfrutaron en su esplendor la noche anterior.

«¿Y si no fue un suicidio?», se preguntó aterrorizado. Cada vez que repasaba un recuerdo se dolía. Un arremolinado terror le invadía, su frente sudaba y cada célula se estremecía. Consideró los motivos que llevaron a Andrés a quitarse la vida. También pensó que quizá fue muerto por un compañero, uno de los otros sacerdotes, los líderes evangelizadores que organizaron el retiro o posiblemente un empleado del claustro franciscano, tal vez para ocultar un accidente en el jardín librándose de verse involucrado. Eusebio derramó dos lágrimas más. Su corazón palpitó de súbito al pensar en los padres del joven, en su hermanita, en sus amigos y compañeros que por cuatro años compartieron momentos inolvidables dentro del seminario.

Luego pensó descolgarlo, pero él solo no podría hacerlo. La soga pendía de una gárgola de piedra que servía de desagüe a la azotea en la esquina más cercana a Eusebio, justo al final de la escalera. El patio central del recinto religioso tenía cuatro jardineras esquinadas que rodeaban una cruz de piedra de la altura de Eusebio, en el centro, en lugar de la típica fuente colonial. Atrás de la cruz, mirando hacia el templo adyacente, se encuentra el reloj de sol grabado con las horas desde las cinco y seis de la mañana hasta las cinco y seis de la tarde. La sombra sobre los números indica la hora, claro, aproximada, y que los cambios de horario vinieron a desvirtuar. Por eso, junto al de piedra, la administración de la casa de retiros ordenó la impresión de un reloj nuevo, ahora sobre un aplanado de concreto, con las leyendas distintivas.



De ese modo, la gente podía seguir traduciendo la hora del día que vivían. Una semana antes cambió el horario, cuando ellos ya estaban en el retiro. Los sacerdotes acostumbran quitar los apar-

tos modernos o tecnológicos a los participantes de sus retiros, para introducirlos de lleno en un ambiente de meditación. Por eso se les llama “retiros”. Justo muy cerca del reloj de invierno, yacía Andrés, suspendido de una soga por el cuello. Aún el rostro mostraba su nobleza, esa fachada del cuerpo que portó mientras vivía y con la que muchos rieron y gozaron por su extraordinario carácter, capaz de irradiar confianza, armonía, seguridad. Una especie de ángel encarnado. Por lo mismo, Eusebio lloró de nuevo, recordándole apenas unos días antes, cuando llegaron a la casa de retiros y se saludaron al encuentro en la puerta:

—¡Qué gusto me da ver tu guitarra! —señaló Eusebio al verle cargando, junto con ella, su mochila.

—No sabía que usted estaría en el retiro, Reverendo Eusebio, ¡no sabe cuánto disfruto sus charlas!

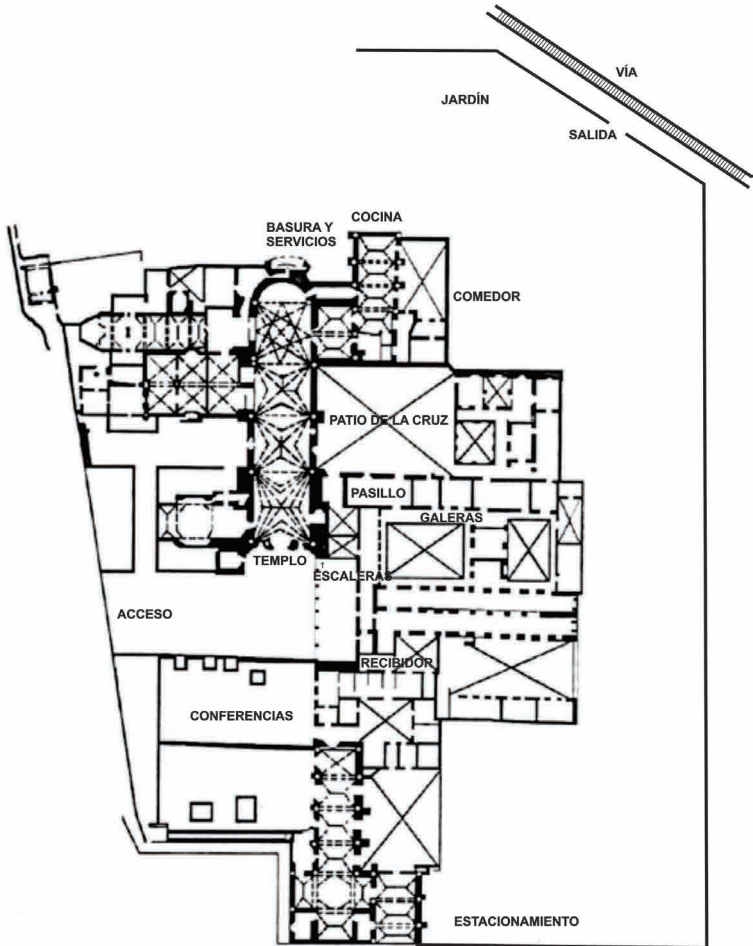
Se dieron un fuerte abrazo que los encontró de nuevo, pues vivían en la misma casa, la pastoral de los dominicos; la añeja amistad conservó su magia desde que el chico estudiaba la preparatoria. Ahora, Andrés estaba a unos meses de graduarse del Filosofado, para cursar posteriormente el Teologado. Ya era un joven más maduro, seguro de sí mismo, ameno en sus charlas, bastante más cultivado, no sólo en los asuntos religiosos sino también en historia, arte, ciencias y demás materias que cursan en los primeros cinco años de formación sacerdotal. Le encantaba leer y documentarse, pues ya desde un año antes impartía cursos de evangelización en la parroquia Reina del Cielo, donde el padre Nemesio, íntimo amigo de Eusebio, desempeña su ministerio.

—Me invitaron los jóvenes y no aceptaron un «no» por respuesta. Ya conoces mi apretada agenda; pero, a decir verdad —camina-ban por el largo patio cargando su equipaje—, en la Semana Mayor, no hay un solo sacerdote que quiera escuchar mis necesidades; están todos muy ocupados con la organización del Domingo de Ramos, el lavatorio, el Viacrucis y sobretudo la Vigilia Pascual; siempre me quedo solo. También he de confesar que a mí no me va bien el color morado ni las grandes concentraciones de personas.

La piel de Eusebio sobresalía en salud. Sus casi 60 años de edad no se mostraban por ninguna parte. Ya asomaba canas que apenas le dibujaban un listón blanco rodeando los oídos. Mirar sus ojos era una experiencia inquietante, como si quisieran penetrar la intimidad a quien veía. Al mismo tiempo, con un don de gentes innato,

inspiraba confianza, un deseo profundo por saludarle y admirar su gran atractivo personal. Carismático como pocos en su ambiente, arrancaba risas y provocaba páginas enteras de reflexión e inspiración espiritual.

—Me alegra mucho convivir con usted toda esta semana, Reverendo Eusebio. Así le quitamos el sabor a penitencia que llegan a tener estos retiros.



Carcajearon mientras ingresaban desde la calle Madero, por el pasillo empedrado, hacia el templo. Siguieron caminando para acceder a la zona del claustro y, pocos pasos adelante, estaban cruzando los portales que rodean el patio central. Arriba de ellos se en-

cuentran las habitaciones, pero el Padre Gilberto les detuvo ahí. Era menester esperar a los evangelizadores que organizaron el retiro para ubicar a cada uno en su camastro y así, ellos, poder acomodar sus objetos personales. Esos primeros minutos no fueron de grandes escándalos, como sí lo eran las veladas, que se distinguían por borlotes continuos, gastando la energía de las cenas en el comedor, ubicado al fondo, al otro lado del patio.

Eusebio, helado del susto, buscando en su interior aquellos recuerdos, ahora dolorosos y desgarradores frente al cuerpo sin vida de Andrés, no tomaba aún la decisión de anunciar la tragedia. Los demás jóvenes dormían en las galeras que tenía atrás de él. Los evangelizadores descansaban más allá, a la vuelta del pasillo arqueado. También dormían sus compañeros sacerdotes, el Padre Gilberto y el Padre Martín, en sus cuartos individuales, cerca de la entrada del comedor, en la planta baja. Subió porque la campana para llamar a la gente se accionaba desde, precisamente, la misma esquina donde Andrés, en una macabra escena, perdió la vida.

«¿Qué pudo pasarle? No entiendo por qué razón él, tan alegre, tan entregado a su vocación, dispuesto al servicio, inteligente, desinteresado, atentó contra su vida. Si teniendo todo en casa, decidió abandonar los lujos y comodidades para entregarse al amor de Dios, ¿por qué optó por una salida cómoda?»

Reflexionando sobre la tragedia, era fácil pensar que Andrés no se había suicidado; desgraciadamente para ello tenía que especular en un infortunio aún mayor: el homicidio, involucrando seguramente a otro de los asistentes a ese retiro, con lo cual no perdía un alma, sino dos. Procuraba no mirar el cuerpo de Andrés, cuya belleza, desde cualquier ángulo podría ser, sin duda, admirado. Masticó esas ideas por un rato. El estudio y veneración de la estética del cuerpo humano data ya de muchos siglos, desde las esculturas griegas y romanas. El David, esculpido por Miguel Ángel es, obviamente, la más admirada de todas las piedras talladas representando la proporcionalidad y delicadeza de la figura humana. Desde entonces, y mucho antes también ocurrió, esa edad juvenil causa la envidia de los otros hombres y la admiración de las mujeres, además de muchas variaciones.

Los escándalos papales de los siglos X al XII generaron el rechazo a la desnudez, la embriaguez y los bajos instintos. De ahí a la fecha, las sociedades prefieren el pudor y se alejan en todo lo posi-

ble de las “tentaciones” provocadas por los impúdicos, a quienes no les da pena mostrar sus cuerpos como Dios los puso en el mundo. La preocupación de Eusebio no iba por ese camino. En realidad, temía ser juzgado sin abogados por algún posible testigo de una inexistente morbosidad, ante el desnudo de un amigo como lo fue Andrés y ante su naturaleza más heterosexual que el promedio.

No tuvo tampoco la posibilidad de cubrir su cuerpo con sábanas o toallas, pues el cuerpo, luego de caer desde la azotea, golpeó con las piernas en la baranda de hierro forjado antiguo y tras varias sacudidas en el aire, terminó inerte en el lugar donde Eusebio lo encontró, flotando a más de un metro de distancia, lejos de su alcance, aunque a la misma altura. Iba a ser necesario que un muchacho brincara el barandal, alcanzara el cuerpo y, abrazándolo con firmeza, lo acercara a otros que lo recibieran para liberarlo desde la azotea, atraparlo, y finalmente, cubrirlo tendido en el pasillo; un trabajo que requería de varias personas para completarlo. Quizá eso no sucedería, y quedarían a espera de la llegada de la policía. Pasadas las investigaciones forenses que incluyen fotografías y testimonios, realizarían el mismo ejercicio de descolgar el cuerpo para poderlo trasladar a la morgue.

«¿Cómo pudo terminar tan mal un retiro tan hermoso?» La infortunada escena tenía derrotado a Eusebio. Lo mismo pensó de la vida del joven: «no es fácil hacerse a la idea que esté muerto.» Un extraño dolor en el pecho le sofocó la respiración. Apenas unos minutos después de su más reciente tortura psicológica, con los personajes que convivían con él en su imaginación, parte de su enfermedad esquizofrénica, padeció un temor igualmente desconcertante: «No quiero volver al manicomio.» Gracias a esos pensamientos, se aferró por volver a la ecuanimidad más obligada, tanto como la incomprensible situación le permitía. Era obvio que necesitaba ayuda y no podía quedarse congelado frente a la infausta imagen. El ex convento franciscano, ubicado a 50 kilómetros al sur de la capital del estado de Motolinía, en una ciudad de gran movimiento comercial pero que aún contaba con espacios tranquilos para detenerse a meditar, terminó siendo sede de la muerte de su amigo.

Eusebio, como fruto de su mente, rescató de su memoria a un par de personajes imaginarios Ofelia y Fortino, quienes, a su costado, surgieron de una neblina también inexistente. Escuchó esas voces torturando su ya frágil estado de ánimo: «qué terrible tragedia,

abundantes lágrimas, requiebre de tambores, silencios dolorosos», repitiendo palabras que le infundían culpabilidad y una ansiedad indescriptible. «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.» Supuraba y regurgitaba, preso de sus pensamientos.

Años atrás, atrapado en la reducida habitación del manicomio, el mismo día que fue internado, todavía sin reaccionar a los efectos de la medicina, sentado al borde de la cama, fue víctima de innumerables alucinaciones terroríficas: un personaje nuevo, en su larga fila de imaginarios, le reprochó su lujuria con Magdalena en Chetumal. ¡Cómo era posible que un sacerdote rompiera su celibato! En situación normal, él no se recriminaba; dadas las circunstancias de su enfermedad, su conciencia jugó con él, acusándolo de libertino, un apóstata impuro, un temible hijo de las tinieblas. Sintió la necesidad de auto administrarse un castigo para expiar sus malas acciones. Pensar en el cuerpo de Magdalena, aquella lejana tarde, causó su propio reproche. Martirizado, provocó también su malestar físico.

Los doctores del psiquiátrico, luego de analizar su estado de salud, creyeron necesario internarlo en el sanatorio mental para observar su evolución. En un principio consideraron que tres días serían suficientes. Su médico de cabecera, el doctor Gálvez, insatisfecho con la determinación extralimitada de sus colegas, se apresuró a realizar los estudios pertinentes para darse cuenta con tristeza, que su querido paciente, el Reverendo Eusebio Fosalba Díaz, Superior Regional del sureste mexicano de la Congregación de Dominicos, debía pasar una larga temporada internado para disminuir los peligrosos avances de su enfermedad cerebral.

Pero el sacerdote, pasados los años, abandonó los medicamentos que tanto bien le hicieron. La madrugada del Domingo de Resurrección en el claustro de su retiro, amaneció de nuevo con los peligrosos síntomas de su esquizofrenia en niveles sólo comparados con la tarde que conoció las entrañas del manicomio.

Junto a él, sus amigos imaginarios Fortino y Ofelia, en actitud de luto, no hacían más que agravar el estado de Eusebio. Les vio llorando amargamente al tiempo que él no hallaba consuelo a la situación. «Supongo que este es un castigo divino por mi reprochable conducta.» Así, volvía a abrazar la posibilidad de sentirse un hijo, más bien separado, de la divinidad.

Triste, Eusebio repasó las actividades del retiro. Luego de tanta alegría desbordada en las actividades dinámicas y juegos, las gracioso-

sas representaciones teatrales de la vida de Jesús, sus amorosos mensajes de vida y los últimos tres días en un silencio reflexivo, acompañarlo en su pasión y muerte, hasta culminar con la Vigilia Pascual, festiva, emotiva, para terminar con una imagen sobrecogedora de Andrés pendiendo de una soga en una desventurada escena espeluznante que lo desorientó, provocando en él su pantagruélico duelo.

Sumido en su angustia, las neuronas recrearon frente a él una escena medieval escalofriante, dándole acceso a una cueva boscosa y nocturna dominada por la niebla invisibilizadora en la que fue arrojado como un existencialista al mundo, sin solicitud previa, rodeado de extraños sonidos que terminaron desgarrándole el corazón y atizaron su desgracia hasta un nivel que le llevó a desesperar, emitiendo a cada instante imparables llantos.

Ahí, metido en esa húmeda y fría cueva condenatoria, sus amigos imaginarios completaron la tribulación y sintió un mareo que, de no haberse soportado bien, habría caído desde el barandal al patio. Por un instante, imaginó que él caía al vacío, aumentando su desesperada turbación.

Para sobreponerse del amargo momento, su mente volvió a jugar con él, llevándole con un realismo pocas veces igualado, a revivir los mágicos momentos de ese retiro que le arrancaron alegría sinigual. Entonces, Andrés tocó su guitarra y con su carisma, Eusebio recordó como si estuviera de nuevo frente a él, en el salón de conferencias, la tarde del lunes santo, una canción que levantó el espíritu del retiro. Los aplausos y las hermosas sonrisas juveniles de los seminaristas, siguiendo el ritmo de la melodía, podía reescribir su propio rostro, que en su primera edición fue feliz y entusiasmada, para hacer un trazo contrastante de sonrisa a tristeza, de fiesta a funeral.

Su muchacho, su amigo, su fiel seguidor y hasta cómplice, tatuando su destino, trizando su futuro, le imponía una experiencia pavorosa que recordaría el resto de su existencia.

Pasó de valorar la muerte de Jesús en el retiro como el acto de amor más conmemorado de la humanidad, a morir con él, inmoldado, regresándolo de súbito al patio del ex convento franciscano para sentir a flor de piel la gélida desdicha.

Ya no le tendría, no podría cantar y jugar con él, ni vería de nuevo su fantástica sonrisa, ni tendría su apoyo para poner la mesa en la casa pastoral cuando los cocineros se retrasaban, ni le vería sen-

tado en la misa con su dedicada atención a los sermones. Dejaría de escuchar sus honestas y directas confesiones. El silencio de aquel pasillo en la segunda planta, aquella madrugada del Domingo de Resurrección fue sobrecogedor y nunca mejor llamado, sepulcral.

Era la mañana del martes santo cuando el grupo de amigos cercanos de Andrés: Raúl, Ignacio, Arturo, Fernando y Eduardo, durante el receso en las actividades, caminaron cerca de la reja trasera del gran jardín que desemboca en una calle de terracería. A lo lejos vieron venir a una chica joven que salía de la escuela y caminaba a lo largo de una vía del tren ya en desuso. Los últimos pasajeros de ese vehículo se bajaron del vagón una tarde de mayo de 1957 en la estación que, a pocas calles de ahí, lucía derruida.

La señorita no tardó en darse cuenta que los muchachos, sin saber que eran seminaristas, la miraban con cierta lascivia; especialmente Arturo, que aún sabía muy poco del amor. Sus compañeros, jugando como muchas otras veces, lo conminaron a brincar la reja y cortejar a la chica.

Los viejos fierros de la reja perdieron varias veces su pintura. Al menos treinta años sin recibir mantenimiento alguno, daba la impresión de ser una salida clausurada. Sin embargo, el candado era nuevo, al igual que la cadena; podría suponerse que los reemplazaron recientemente por algún intento de ingreso de pandillas callejeras de la zona. El mismo diseño de los barrotes decorados en volutas, facilitaba sin problemas usar la reja misma como escalera para saltarla.

—No seas marica —insistió Eduardo, el más lenguaraz de todos ellos; muchas veces él también fue calificado por sus amigos como timorato.

Siendo seminaristas, la conducta esperada ante el resto de las personas sería de jóvenes educados y respetuosos. Las nuevas generaciones rompían por lo general los esquemas y, además de malhablados, fantaseaban más que antaño con la posibilidad de una aventura romántica.

Aunque hablaban de más, sólo uno de ellos experimentó antes el sexo con una mujer. Los demás sólo usaron su imaginación y presumían experiencia en el tema.

—¿Qué importa si nos ven?, no pasará de un regaño. Apúrate si no quieres que el padre Gilberto venga y nos meta en la iglesia a hacer penitencia.

La presión social causó el efecto esperado y, dado que la chica era propietaria de unas piernas brillantes, Arturo terminó saltando la reja y procuró alcanzar a la colegiala; tropezó con cualquier piedrita del camino, debido a sus incontrolables nervios. El sol incolemente sofocaba la mente de todos ellos.

«Menos mal que aquellos se han quedado dentro, le diré que me han obligado, que finja darme un beso y tendrá de nuevo el camino libre a su casa.» Nublado de la vista, Arturo, el de la estatura de en medio entre todos ellos, con sus graciosos ojos verdes, su peinado lengüeteado por el gel, con sus veintidós años encima, parecía más bien un escuálido adolescente en etapa tardía.

—Hola —dijo a tres metros de distancia todavía, ya en un descarado acoso, apresurando el paso.

Ella portaba uniforme escolar. La falda se levantaba un poco por encima de las rodillas. Llevaba su peinado recogido con una coleta y las calcetas que perdieron la sujeción a lo largo de los meses que llevaba ya el curso escolar, se arremolinaban en torno al calzado.

—Déjame en paz —gritó ella con una voz arrugada y el terror evidente en los ojos.

Arturo se acercó lo suficiente para que ella arremetiera un puñetazo en la cara que casi le desorbita un ojo. Él se repuso de inmediato, pues la frustración frente a sus amigos, expectantes a quince metros de distancia, le causó una indignación tal, que terminó empujando fuertemente a la señorita. «¿Qué te pasa?» Ella fue a dar al otro lado del durmiente de la vía del tren. Arturo se arrepintió de inmediato, sólo que el daño ya estaba hecho. Arturo, al voltear, notó que sus amigos ya corrían hacia el edificio del claustro a más del doble de distancia. Marchó a toda prisa mientras se cercioraba que la víctima de su ira pudiera levantarse y correr a todo lo que su lastimado cuerpo podía resistir.

Se aterró al ver el alcance de su arrebato mientras la adrenalina le facilitó saltar la reja y emprender una carrera alcanzando a sus compañeros justo cuando se escondieron en la zona de la basura, junto a la cocina. No menos asustados que él, notó cómo sus amigos habían cambiado las miradas de solidaridad y camaradería, por las de reproche, mientras tapaban su nariz para evitar el hedor. Juzgaron de inmediato a Arturo, calificando como bajeza esa reacción de su compañero, prefiriendo mantenerse lejos de él. El sol quemaba, pero en el resquicio de la basura pudieron encontrar alivio, no